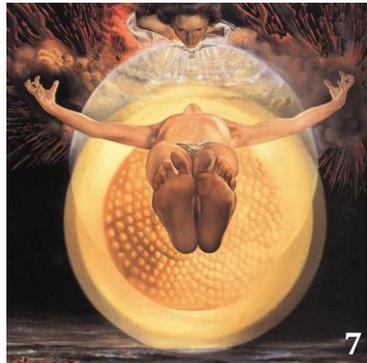




Luz de vida nueva amanecida cuando los pies volvían presos de la pesadumbre del alma, cuando estaban de vuelta sin saber a dónde ir. Luz de vida que lo envuelve todo a los pies de tu presencia resucitada, que abre un camino áureo en el que la santidad misericordiosa de Dios se nos devuelve como esperanza nueva y definitiva para nuestros pies.

Vuelves con la misma discreción de siempre, con tus pies descalzos con heridas que no acusan, sino que ofrecen un hogar de consuelo y de perdón. En torno a tus pies resucitados intuimos nuestra tierra transformada en un verde paraíso donde tu luz habita todo. ¿Cómo no arrojarnos a tus pies?

Asciendes al misterio oculto de Dios. Entras en tu origen eterno al que no tenemos acceso, a la intimidad plena del amor que es tu hogar. Y por un momento la melancolía despierta en nuestro corazón porque no podemos abrazarte, pero enseguida vemos que tus pies han quedado a nuestro lado. Tus pies siguen siendo de nuestro barro, como tu misma alma que no olvidaste ni nunca olvidarás.



Por eso te sabemos intercesor, puerta abierta entre el cielo y la tierra, y vamos aprendiendo a descifrar las huellas de tus plantas y a seguir las. Y confiamos en que algún día nos enseñarán a respirar el Espíritu de Dios y entonces habitaremos para siempre tu propia vida en la eternidad.

Imágenes: 1. Michael Belk; 2. De Internet; 3. Julia Stankova; 4. Wayne Forte; 5. Rita Salazar; 6. Marko I. Rupnik; 7. Salvador Dalí.

# A LOS PIES DEL SEÑOR



*Para que sigamos sus huellas*



Entonces el Señor se dijo: Terminemos nuestra obra y hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Y tomó barro del seno de María y modeló un cuerpo frágil que apenas se sostenía por sí mismo. E insufló su Espíritu en el barro diciendo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

Y se levantó Jesús, se puso en pie y comenzó a caminar por la historia dejando un rastro de bendición que hacía distinguir a Dios en los senderos pedregosos de la vida. Y como un río que atraviesa la estepa y la llena de fecundidad, la presión de sus pies hacía volver a nacer brotes de vida donde solo había tierra reseca.

La creación estaba terminada, los caminos de todos se unían siguiendo los pies del Hijo que caminando sobre las aguas los donducía a la tierra firme del misterio eterno de Dios. Se oyó cantar a la muchedumbre: «Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor; nuestros pies ya están pisando tus umbrales».

Y cuando hubo concluido Dios vio que todo era hermoso a sus ojos y amble a su corazón. Y en la eternidad se pudieron contemplar los pies de los ángeles bailando al compás de los ritmos alegres de la nueva humanidad.



El Espíritu te trajo a nuestra tierra reseca, agostada, y al caminar por ella dejaste que tus pies se mezclaran con nuestro barro mortal, para así acompañarnos en el desierto de nuestra vida.

Encarnación bendita, lluvia que bendice la tierra sedienta, encarnación que al pisar en el barro reseco de nuestras tentaciones ofreces posibilidades nuevas, manantiales de vida renovada.

Con cada uno de tus pasos abriste un pequeño manantial donde beber de tu presencia y alentar nuestra fecundidad escondida, engañada, desesperada. Nuestros pies perdidos, siguiendo ahora tus huellas, nos conducen a encontrarnos con nosotros mismos regalándonos el futuro espectáculo de ver nuestro ser convertido en un vergel lleno de alegría.



Pasión de amor a tus pies. Pasión, fuego de vida que estaba retenido por el error propio y el juicio ajeno. Amor a tus pies que se dejan tocar, amar. Para esto se acercaron, para abrir los caminos del amor, para ser envueltos con nuestro amor reprimido por la torpeza de nuestras vidas.

Aroma nuevo, exagerado, vivificante que solo perciben los que aman contigo en exceso, sin ley. Desnudo, sin esconder nada, así llegas con tus pies descalzos, para que no haya malentendidos, en la desnudez descalza de tu amor al que nada retiene sino la falta de amor. Tú eres el más bello de los hombres, a tus pies se derrama el aroma de la gracia.

Caminabas por encima de nuestras palabras siempre demasiado pegadas al suelo, siempre demasiado torpes, habitadas



por una distancia mortal que nos separa de los demás porque dicen lo que no deben y no dicen lo que deben. Y tú, sin dejarte tragar por ellas las renuevas con tu aliento de vida dejando

que en ellas el Aliento creador de Dios vaya engendrando sobre la tormenta de sus aguas caudalosas la nueva creación.

Como Pedro nos agarramos a ellas para no hundirnos y te decimos: ¿A dónde se dirigirán nuestros pasos, cómo resistirán apoyados en algún otro lugar, si solo tú tienes palabras de vida eterna?

Pies rayados, ajados del camino. Pies del color mismo del fondo mortal de nuestro ser. Pies atados, clavados, retenidos en su camino de amor por los golpes del pecado del mundo, de nuestro pecado. Hasta aquí llegaste, hasta las últimas consecuencias ha llegado la compañía de tus pasos, hasta el lugar de la impotencia, de la muerte, de la inmovilización trágica de la vida donde esta se desangra y pierde su aliento, donde se pierde el rostro y solo queda esperar que sea rescatado. Tú esperas con nosotros y para nosotros que Dios vuelva la mirada y modele el cuerpo, ya sin fisuras ni ataduras, de la vida plena, de la vida eterna.

